

Estaban solos. Los sepultureros conversaban con unas mujeres á la entrada de la necrópolis. Nadie los veía.

—¡Vámonos, Julio....—repitió la doncella.

Julio, sonriente, la estrechó fuertemente entre sus brazos, y luego, tomando entre sus manos la cabeza de Inés, miróla fijamente, con mirada triste y melancólica al principio, y luego ardiente, aguda, penetrante como una hoja damasquina.

—¡No, nó!—exclamó imperiosamente.

Y la besó en la boca. Un beso de fuego, prolongado, subyugador....

Inés se estremeció como una sensitiva, apartó dulcemente á su amante, y.... apareció bañada en llanto.

Julio tuvo en aquel momento un instante de compasiva sensibilidad. No dijo una sola palabra, y abrazó á la joven que reclinó graciosamente su cabeza en el pecho del mozo.

Después de un rato de silencio, sólo turbado por las palpitaciones aceleradas del corazón de la doncella, Julio dijo en tono cariñoso:

—¡No llores, Inesilla! ¡Me haces mucho mal! ¡No llores!

¡Y con un par de besos secó los ojos de la pobre muchacha!

El sol se había puesto, dejando en el horizonte una gran faja de rojizas nubes.

Vibradora y piante cruzaba sobre el ce-

menterio y sobre la enamorada pareja una bandada de gorriones, rumbo á lejanas eras.

En la aguja dorada de la capilla encendía el sol occiduo un dardo incandescente.

—Mira....—dijo Inés más tranquila—; cuántos pájaros!

Y agregó riendo:

—Vámonos.... ¡tengo miedo!

Inés llegó á su casa ya muy tarde. Doña Carmen la esperaba impaciente é inquieta. La joven se disculpó de su tardanza, diciendo que sus amigas la habían detenido; que no volvió sola, pues Claudia, la vieja criada de las López, la había traído. Julio la dejó en la calle próxima, y antes de decirle adiós le dió una cita para el próximo domingo. Volverían al panteón y pasarían alegremente la tarde. El sitio, aunque triste, era hermoso, y si ella no quería entrar otra vez en el fúnebre recinto, se irían á campo travieso ó á lo largo de la calzada.

Inés ofreció acudir á la cita con toda puntualidad; pero antes, para que él no la esperara en vano, si ella no podía ir, en una cartita, en la del sábado, se lo avisaría. Como siempre: á las cinco de la tarde le buscaría la criada en la cantina más cercana.

Esta criada era la confidente de los amores de Inés; pero ni á ella, mereciéndole, como le merecía, tanta confianza, le comunicó la escapatoria de aquella tarde.

nian nunca á casa las tales amigas ni hablaban nunca con doña Carmen) y de medio día en adelante acudía á la entrevista, y luego Julio la dejaba en la Colonia de Guerrero. Otras veces, á las tres de la tarde, la esperaba el mancebo en la Indianilla, y poco á poco, muy de bracero, llegaban al panteón.

—¡Son hermanos!—exclamaban algunos al encontrarlos.

¡Qué grata que llegaba hasta allí la música del hipódromo, á la cual se mezclaba el silbido agudo de la locomotora, y á veces, traído por el viento, el vocerío de los que llenaban la Plaza de Toros.

Esa tarde Inés estaba triste.

—¿Qué tienes?—le decía Julio.

—Nada.

—¡Nada! ¿Y estás llorando?

Inés no hablaba. Apenas atendía á la conversación de su amante, cuyos besos le parecían fríos, y cuyos brazos rechazaba como si fueran á ahogarla.

—¿Qué tienes?—suplicó el mozo.

—¡Nada!

Montó en cólera Julio, impacientado por el silencio de la joven, y díjole tales cosas, que la pobre muchacha rompió á llorar, y entre sollozos y lágrimas exclamó dolorida:

—¡Pues lo diré!

Era hora de salir. Iban á cerrar el panteón. El tranvía había pasado ya, y era preciso irse.

En el camino, en momentos en que los concurrentes á las carreras se alejaban alegremente y suntuosos carruajes desfilaban hacia la gran ciudad, donde por todas partes encendía sus estrellas la luz eléctrica, Inés, reclinada en un árbol, y como temerosa de su vida, confesó....

¡A qué decirlo! Lo que la esposa confiesa sonriendo; lo que en el hogar bendecido por Dios es un fulgor de aurora, y que para Inés era llanto, angustia, obscuridad de noche tempestuosa, duelo y aflicción.

—¿De veras?—exclamó Julio con noble orgullo—¿De veras?—repitió con un arranque de alegría.

Pero de pronto, tomando el brazo de la joven é impulsándola hacia adelante, murmuró:

—Ya pensaré lo que debemos hacer.

Y echó á andar del lado de la joven, abatido, cabizbajo, mudo....

Llegó el tranvía, montaron en él y tomaron asiento cerca de la entrada, uno al lado del otro. Julio encendió un cigarillo. En el otro extremo del coche venía una joven rubia, vestida elegantemente, y cerca de ella el esposo, un muchacho apuesto, gallardo, de carácter alegre. Enfrente una niñera, una muchacha guapa, vestida á la europea, que traía en el regazo un niño blondo como un haz de trigo, que dormía serena y dulcemente. ¡Con qué envidia contempló Inés el simpático grupo! ¡Con

qué tristeza le miraba Julio, á cada instante más sombrío!

Despertóse el nene, y despertó llorando. Tomóle la madre, le llenó de besos, y, meciéndole, le acalló poco á poco.

—¡Duerme, angel mío... duerme! ¡Pobrecito! ¡Tu cuna te espera!

Inés se inclinó hacia su amante y en voz muy baja le dijo:

—¡Julio! ¡Julio!

El pensativo mozo se volvió sobresaltado:

—¿Qué quieres?

—¡Mira...!—Y con una señal le mostró á la joven madre, que, con el mayor cuidado, abrigaba al roño.

—¡Bonita mujer!—respondióle Julio, y tornó á su meditación interrumpida, á su abatimiento invencible y á su principiado cigarrillo.

Frío de muerte, que le llegaba hasta los huesos, sintió la joven. Suspiró profundamente, y dos lágrimas, que brillaban como dos diamantes, rodaron por sus mejillas.

Al separarse, díjole el mancebo:

—Ahora, hasta dentro de quince días!... Me examinaré el día quince. Al domingo siguiente nos veremos. ¡Es preciso estudiar!... El Jurado está bravo... El maestro no me puede ver... me odia! Cuidate y no dejes de escribirme. Yo tal vez no pueda ponerte ni dos renglones... Estaré muy ocupado... ¡Adiós!

Retiróse Julio á su cuartucho, preocupado y calenturiento. Tiróse en el lecho y dióse á meditar en el problema aquel de tan difícil solución, y que de pronto, cuando menos se le esperaba, aparecía terrífico. ¡Qué de ideas y sentimientos tan diversos se agitaban en el alma del mozo! La primera impresión había sido grata, gratísima, hasta le había arrancado un grito de júbilo. Pero después... después... ¡ay! ¡cuántos temores! ¡cuántos recelos, cuántos remordimientos!...

Aquel corazón extraviado por el mal ejemplo, embriagado con el vino de las pasiones juveniles, tan caluroso y tan incitante, entraba repentinamente por el sendero recto, tornaba á la razón. Su conducta le parecía á Julio indigna de un caballero, de un hombre bien nacido; pero ya no era tiempo de entregarse á esas meditaciones. Lo hecho hecho estaba, y no había remedio. El deber aconsejaba salvar el buen nombre de Inés... ¿Cómo? Era muy sencillo... ¡Casarse! ¡Pero y con qué! Estudiante de segundo año, no contaba con más recursos que la exigua pensión que mensualmente recibía de sus padres, pensión que á veces llegaba tarde y no siempre completa. El primer año no faltó nunca, ni el segundo; pero en éste venía, á veces, incompleta, lo cual decía bien claro, las dificultades pecuniarias de sus padres. Bien sabía Julio los apuros de su familia. Más de una vez le ha-

bían escrito que fuera económico; que procurara reducir sus gastos porque el Gobierno había retirado la pensión; que si las cosas seguían así, si los negocios no mejoraban, tendría que volverse á su Estado, y allí entrar en una oficina para ganar algo y esperar que los tiempos fuesen más prósperos. ¿Qué carrera ni qué abogacía!—escribía la madre.—Ya estamos viejos. Tu padre cada día decae más; yo de todo me canso. Mejor será que vuelvas al lado nuestro. Yo quiero verte, hablarte, tenerte cerca de mí, en la mesa, en todas partes; saber que descansas en la pieza contigua á la nuestra. . . .” Y la santa mujer terminaba dando á su hijo media docena de buenos consejos, que enternecían al muchacho, pero de los cuales ninguno era seguido.

Meditaba Julio en su vida pasada y la comparaba con su vida actual. El había llegado con el corazón sano, sin que en él hubiera nada malo, y ahora le sentía podrido, enfermo. Había huído para siempre de su alma aquella dulce y benéfica tranquilidad generadora de plácido sueño; su alma, antes como lago limpidísimo, le parecía ahora hedionda charca, en la cual hozaban todas las malas pasiones y todos los vicios, como cerdos perezosos é inmundos.

¿Quién pudiera volver á aquellos días felices, á los placeres inocentes de los primeros años juveniles, á los amigos de la tierra nativa, á la vida sencilla del hogar!

Aquella vida brillante y tentadora, con la cual soñaba al llegar á la ciudad, ¿qué había sido? ¿Misera existencia de estudiante, llena de privaciones y de amarguras! Al principio fastidiosa y monótona, después traída y llevada por malos sitios; la tertulia en la cantina; la orgía ridícula en la tienda próxima; la crápula diaria, el traspasado seguido; el beso y la caricia de la meretriz callejera; en fin, fango y miseria! Y ahora, ¿qué haría? ¿Huir? ¿Escaparse á su Estado y decir á sus padres que estaba enfermo y permanecer allí, en el rancho de su tío, meses y meses? El quería á Inés, ¡pobre muchacha! pero una boda era imposible. El todavía, por poco que valiera, podía ordenar su vida, estudiar, doblar el curso, cosa muy hacedera, y recibirse, y luego. . . . Luego se establecería, y entonces vendría, arreglaría todo y se casaría. Una idea le asaltaba, una idea cruel, injusta, pero que era preciso tener en cuenta: ¿era la conducta de Inés, garantía suficiente para lo futuro? ¿No! ¿El lo vería! Si la muchacha se conducía bien, él sabría cumplir con sus deberes. Así correspondía á un caballero.

Pero había algo más inmediato en que pensar. ¿Qué haría? ¿Obligaría á Inés á dejar á su tía y á huir con él? Esto le repugnaba. Si llevaba las cosas por ese camino no sería fácil evitar un escándalo. . . ¿Y qué vida se le esperaba? Una vida de miseria y de hambre, cuyas consecuencias eran

horrorosas y patentes. El trabajaría, buscaría un empleo; pero él, ¿qué sabía hacer? ¡Nada! ¿Para qué servía? ¡Para nada!

Aquella fué una noche de horroroso insomnio. Maldijo el día en que conoció á Inés, y al recordar uno por uno los pormenores de aquella historia amorosa, sintió asco de sí mismo. ¡Cuán odiosas le parecieron aquellas citas, aquellas cartas, aquellas entrevistas en el panteón y en aquel cuarto de hotel, frío, inmundo, donde había caído, rendida por el amor y la palabra halagadora, la virtud sin mancha de la pobre doncella! Si doña Carmen llegaba á saber lo que pasaba, acaso abandonaría á Inés. De los pocos bienes de su padre nada era suyo. La tía era la heredera; de modo que para la infeliz muchacha no había más porvenir que la miseria. Doña Carmen la despediría. Ocurrióle ir, hablar con la señora, y leal y noblemente descubrirle todo. Que le esperaran; él concluiría la carrera, trabajaría, y todos vivirían felices! Esto era lo cuerdo, lo racional. Si doña Carmen no aceptaba esto, ella respondería de todo, y él habría cumplido con su deber.

¿Y sus padres, qué dirían? ¡Qué pesar tan horrendo para ellos! No; había que ocultarles aquella desgracia. No debían saber nada. En fin, se dijo para concluir, vencido por el sueño y cuando se oía, á par que la voz de las campanas llamaban á misa en el templo cercano, la diana del

cuartel vecino: ¡Las cosas difíciles se resuelven por sí solas!

Un día y otro pasaron... Inés escribía á diario. Exigía en todas sus cartas una resolución de Julio.

Volaba el tiempo: ya él se habría examinado, podía ir á ver á sus padres, hablar con ellos, volver y arreglar todo. "Me llevas con ellos; seré buena hija; los cuidaré, los amaré como tú, más que tú, y allí, aunque no te vea yo más que cada año, allí te esperaré. No creas, agregaba Inés como en un arranque de orgullo, que pido esto por mí... ¡Ya sabes por quien lo deseo!

Julio se apartó de sus amigos. A ninguno quiso confiar lo que le pasaba, y huía de sus compañeros. Pasó el período de exámenes y no puso un pie en la Escuela.

Las cartas de Inés eran cada día más exigentes. En ellas rogó, suplicó, y cuando lágrimas y ruegos no bastaron, y Julio rehusó á la joven una y otra entrevista, para lo cual agotó todos los pretextos, la joven vino amenazante.

"Eres un villano, un mal caballero! Desgraciada de mí que dí oídos á tu amor. No supe con quién trataba. ¡Si te hubiera conocido!... ¡Me asombra tu cobardía!"

En obsequio de la verdad, Julio no procedía con premeditación. El problema le preocupaba, pero no encontraba la solución conveniente, y dejaba correr el tiempo. A veces para divagar sus pensamientos se iba

al teatro ó á la cantina. Volvía ebrio y dormía hasta las diez de la mañana.

“¿Qué haces, en qué piensas? ¿No tienes sangre en las venas?—escribía Inés.— Esa conducta tuya abre entre nosotros un abismo y hace imposible toda felicidad.” “Espera”—contestó Julio.

Inés se cansó de esperar, y una tarde recibió el mancebo un papel tan duro y terminante, que el estudiante montó en cólera.

“Si hoy no resuelves, mañana lo sabrá todo mi tía. Pero no diré tu nombre. Quiere hacerte el favor de evitarte molestias.”

Julio, irritado, no contestó.

Inés no volvió á escribir.

Así pasaron tres semanas.

El mozo pasó una tarde por la casa y la encontró vacía. En los balcones había papeles que decían: “Se alquila.”

Entró, preguntó á los porteros por la familia, y no le dieron noticia exacta de doña Carmen ni de Inés.

“Dicen que se fueron para... no sé qué parte! Nosotros somos nuevos aquí... El nuevo dueño es un señor que vive allá por la Rinconada... en el 7.”

Fueron inútiles todas las investigaciones de Julio. Pero ¡ah! las López sabrían de Inés. Fué á Guerrero, y aquella casa también estaba vacía. Ni quien supiera de ellas.

Julio se examinó en Enero y corrió al lado de sus padres. Necesitaba amor, ca-

riño, consuelo; la atmósfera límpida y saludable del hogar paterno, la luz de las virtudes de sus padres. Allí se enfermó. Ese año no volvió á México. Sano de cuerpo, pero muy enfermo del alma y de la conciencia, pasó allí seis meses. Regresó y se instaló nuevamente en su cuartito, tan lleno para él de recuerdos dolorosos. ¿Qué sería de Inés? ¿Qué de su hijo? Hizo más y más activas investigaciones. Si daba con Inés procuraría hablarle; de rodillas le pediría perdón; escribiría á su padre, que era tan bueno, y todo quedaría arreglado: se casarían, y con esa honrada resolución vivía, pensando siempre en el fruto de aquellos tristes amores.

Todo fué en vano. Encontróse cierta vez á la criada, y le preguntó por sus amas. Nada sabía. Doña Carmen la despidió una noche, y ella no volvió á verlas.

Concluía el año. Julio acababa de examinarse y se disponía á hacer la maleta para irse á ver á sus padres. El buen anciano estaba enfermo, y le llamaba con insistencia. Debía salir al día siguiente, y volvía de hacer algunas compras.

Al entrar, el portero le entregó una carta. ¡Era de Inés! ¿De dónde venía aquella carta? La había dejado en la portería un hombre desconocido, un charro, al parecer un rancharo.

Con ansia febril abrió Julio la carta. En-

tre dos cartones, atados con una cinta azul, venía un retrato, el retrato de un nene muy gracioso. En el reverso de la fotografía Inés había escrito.

“Tu hijo.

Se llama como tú.”

¡Qué niño tan lindo! ¡Qué ojitos tan hermosos! ¡Los ojos de la madre! En aquella carita risueña descubrió Julio, desde luego, algo del rostro de su padre, del buen anciano que no sabía que era abuelo, que no lo sabría nunca, y que enfermo, achacoso, próximo á bajar al sepulcro suspiraba por el regreso de su hijo.

El retrato era malo, como hecho en un pueblo, por algún aficionado ó por un fotógrafo trashumante.... ¡Pero el nene era tan hermoso!

Julio regresó en febrero. Al otro día de su llegada tomó el retrato, se fué al Cinco de Mayo, y mandó hacer una amplificación. Aunque la fotografía era deficiente, el talento del dibujante supo mejorar el retrato, y ahí está, en el cuarto del mancebo, en un marco dorado, arriba de la humilde mesa, llenando de alegría á cuantos le miran, y haciendo soñar con delicias domésticas y gracias infantiles, á cuantos contemplan aquella boquita risueña, aquellos ojitos vivarachos y aquellas manecitas hoyosas.

¿Y doña Carmen é Inés?

¡Sábelo Dios!

Cuando algún amigo, de los pocos que tiene, le pregunta á Julio:

—¿Y quién es este nene?

Julio responde:

—¡Un sobrinito!

Y dice para sí, tristemente y con los ojos preñados de lágrimas, quedo, muy quedo, como si temiera oír la voz de su conciencia:

—¡Un remordimiento!

